

## El secreto de la desnudez

### *Anfiteatro (consolación de la pornografía)*

SANDRO ROMERO REY

Penguin Random House, Bogotá, 2019, 372 pp., il.

DESNUDARSE REPRESENTA un trabajo importante, incluso para un escritor de pornografía, pero también hace parte del juego de la escritura confesional o memorialística que se revela en estas páginas. Algo de esto le ocurre a Romerito, o el Narrador de *Anfiteatro (consolación de la pornografía)*, quien nos habla a través de él mismo, o su personaje, en primera o tercera persona, entre pensamientos y vivencias que tienen como escenario el teatro, el cine, la música y la literatura, y como nuez el desconsuelo, el día a día, el principio del sexo y el fin del deseo. Puede ser que la vida sea el mismo sube y baja del clímax, la borrachera y la resaca. Entre una espiral de situaciones de crudo urbanismo mágico el autor nos traslada de Tabogo o Lica (en Colombia) a una película de Polanski o a un concierto de Iggy Pop. Todo se dice para poder escribir y describir. Sandro Romero conduce al lector por anécdotas eróticas con acertijos poéticos y trampas reveladoras. También nos lleva a silencios que hablan eternidades y a presentes inesperados.

Entre las descripciones ciudadanas del caminante, del observador, del frenético, el Narrador nos hace sentir el odio hacia una ciudad para hacer sublime, en la rapidez de los segundos, una simple visión de la calle a través de la ventana. Quien expresa esta sucesión de hechos es contratado para escribir novelas pornográficas, una tarea que decide aceptar para no hundirse por su situación económica y poder sostener a su hijo. ¿Cómo hizo Romerito para escribir dos novelas eróticas en doce días? En la pasión hay una diversión que mueve su mundo y, aunque no es un entusiasta de la vida, debe vivir para poder escribir, y así lo hace. Sus amantes son las protagonistas de sus historias, aunque tantos más se cuelan entre las fiestas o las sábanas. “El teatro era el arte de los grandes conflictos sociales pero jamás de los secretos de

alcoba” (p. 65), y por eso representar la vida y sus sombras sobre las tablas es un acto político con una fuerza proyectiva que ha sido marginada en Colombia, vigilada y restrictiva, porque no gustan las cosas que incomodan, las voces que se salen de los moldes.

En el acto sexual puede revelarse tanta humanidad como simbolismos, porque para el Narrador o Romerito la pornografía hace parte de las bellas artes. El gran desafío al que se enfrenta un vividor de historias de la cotidianidad, un pensador de bares y cuchitriles, es enaltecer la pornografía que se perdió entre la ingratitud de estos tiempos que corren. Romerito, quien firmaba sus textos con seudónimo, también se enfrenta a situaciones más penosas que un encuentro íntimo no deseado. Como cuando descubre que su hijo compró una de sus novelas pornográficas, firmada bajo el remoque de Ágata Triste.

El escritor de pornografía acepta el reto de su editora proponente, quien le habla en representación de la Sociedad de Pornógrafos, para que él sea encargado de rescatar este género que está tan abandonado como los lectores de libros. En esta historia se entrecruzan tantas digresiones como son posibles porque “igual nadie sabe dónde se empozan las aguas de la originalidad. Todos bebemos, casi siempre sin querer, de lo que hemos leído, visto u oído” (p. 88), y a su parecer, en el lector tampoco se puede confiar.

En una escena en la que el Narrador apenas puede abrir los ojos por el cansancio de la fiesta, nos encontramos a su lado en el backstage con Keith Richards, después observamos a Mick Jagger hablar en su español inventado, y de sus Santidades Satánicas se nos conduce a la reflexión de que no hay peor dictador que Dios al no admitir la posibilidad de su no existencia. ¿Y de qué manera existimos nosotros?

A Romerito, o el Narrador, le gusta el sexo pero no bailar. Prefiere mirar para el techo mientras sus “compinches creativos” se divierten en la pista de la sala de la casa. Esto ocurre en la ciudad de Lica en los ochenta, cuando él seducía a las chicas para ganar seguridad. Podía ir detrás de cualquiera, incluso las que no le gustaban, como una redención de sus conquistas fracasadas de la adolescencia.

*Anfiteatro (consolación de la pornografía)* es un palimpsesto que trasluce a poetas de semáforo, a pintores de calles olvidadas, a mujeres tenaces, exigentes y libres, y a actores desdichados y ambiciosos. Entre estas microhistorias saltan a la vista datos ensayísticos, la multiplicidad que hay en una persona, la manera en la que hay soledad incluso en compañía, y el día a día de un escritor que trabaja redactando novelas eróticas para no tener que montar en bus. A veces, las exigencias más sencillas ayudan a mejorar la vida, o a sobrevivir a través de las palabras, de la efímera compañía de otro cuerpo, del whisky, o pasando una tranquila tarde en el sofá. *Anfiteatro (consolación de la pornografía)* está escrito de manera lineal, pero en cualquier capítulo el autor incluye al lector en el borrador del guion de una película y en la aparición de nuevos personajes con digresiones muy apartadas de la historia que venía contando, algo que distrae al lector, aunque parece que ese es uno de los propósitos de su texto. El uso de nombres como Prima Vera, o la Compañía de Jesucristo Superestrella, nombre del colegio donde estudió el Narrador, deja la idea de que el humor es el medio para no escribir algo demasiado serio porque el escritor desliza su voz crítica en los ridículos juegos de palabras.

Aquello lo consigue el autor desde el principio, dejando clara su ambigüedad ante el lector sobre lo que se puede enfrentar en esta novela que se percibe como una confesión, una redención, una necesidad sin reservas de hablar de lo que ha sido una vida poco convencional. En un primer momento, se mueve la intriga por saber de dónde viene la voz del protagonista, pero con el paso de páginas, resulta más intrigante su uso del lenguaje, recursivo y voluble, para mantenernos atentos. Se lee que lo esencial es la expresión del sentimiento, la escritura y el sexo.

En la novela está al desnudo el terror de bloquearse al escribir sobre pornografía cuando la vida se ha desarrollado alrededor de las relaciones sexuales y el deseo, la mayor expresión animal, que puede ser tan espontánea como limitante. Para el autor es mejor el sexo que el amor, aunque de todas

maneras nada alcance su óptima satisfacción. Dice Sandro Romero que es posible “escribir para que el sueño llegue” (p. 299) y, en ese sentido, la vida puede resultar más fácil al buscar las palabras, invocar a “la academia de las musas” para renovar recuerdos biográficos, fijar el pasado en el presente y evocar lugares donde uno ha sido libre, donde la noche ha sido tan larga como la diversión y se necesita poco para habitar este mundo como se desea. Aunque la palabra encierra y dibuja, también permite una desnudez a la que posiblemente ni el cuerpo más impúdico ha podido llegar. Tal vez la pornografía haya perdido espectadores como los libros lectores, pero todavía no ha existido nada que pueda acabar con la imaginación.

**Laura Latiff**